

LA PREGUNTA DEL MILLÓN

¿Cree que es conveniente trasladar el Casino de Mallorca al centro comercial de Porto Pi?

GASPAR SABATER

El derecho a arruinarse

SÍ Dicen que hay tres maneras de arruinarse, el juego, las mujeres y la agricultura: el juego es la más entretenida, las mujeres la más agradable y la agricultura la más segura. Vamos ahora a centrarnos en la primera de ellas. Con el juego uno puede arruinarse, ciertamente, pero la Constitución ampara incluso este derecho y, que se sepa, jugar no es todavía delito. Por eso tenemos loterías, quinielas, onces, casinos y tragaperras, muchas tragaperras. Ahora los propietarios del Casino de Mallorca, buscando aumentar la clientela y dinamizar el salón de juegos, proyectan trasladarlo al centro comercial de Porto Pi, donde existían unos minicines. Y como cualquier cambio que se proyecte en Mallorca, donde parece que no pueda moverse una piedra, ya se ha organizado el

correspondiente guirigay. Dicen los que se oponen al cambio –los empresarios de otros chiringuitos de juego entre ellos– que en el centro de Palma el casino será mucho más accesible a menores y ludópatas, lo cual aparte de destilar moralina es falso y contradictorio: la ley puede proteger a los menores y los ludópatas tienen ya muchos garitos de juego y tragaperras en todos los bares sin que hasta la fecha nadie se haya preocupado por su triste suerte.

Uno, que por no jugar no lo hace ni a la lotería parroquial, o sea que no pondrá los pies en el casino, considera que el cambio, desde su ubicación actual donde San Pedro perdió las alpargatas al centro de la ciudad, es conveniente. Como existe en otros lugares, sin que ello suponga problema alguno, tales como el Casino de Salz-

burgo, el del Algarve, los de Monte Carlo y Hotel de Paris de Mónaco, el de Montenegro o el Casino di Venezia. Porque un casino puede contribuir a incrementar la oferta turística complementaria de calidad. Y ahora que vuelve a plantearse un tema recurrente aunque nunca resuelto como es el de la desestacionalización del turismo –que el president **Antich** incluye dentro del pacto que está ofreciendo a las fuerzas políticas– ésta puede ser una de las cuestiones a contemplar para añadir un aliciente más para visitar una ciudad –aunque el ayuntamiento se oponga sin que se alcancen a comprender los motivos– que en temporada baja, contrariamente a lo que hacen otras ciudades para captar visitantes, es un desierto de actividades y ofrece poca cosa más que la belleza del casco antiguo. Pero vivimos del turismo y éste, más allá de sol y playa, tiene sus exigencias. Mallorca, la ciudad, necesita alicientes. Y un casino con prestigio es, aunque para minorías, sin duda uno de ellos.

Parecería, pues, que un Casino a la vereda de donde vivo colmaría, también, mi secreta y nunca desvelada ludopatía, pero no es así. Porto Pi me queda tan lejos, al menos en espíritu (las distancias son sólo pinceladas de un paisaje que cada cual interpreta según lo siente) como Calvià. Hay sitios mejores. El edificio de La Misericordia, por ejemplo. Allí, a unos cincuenta escasos metros de donde resido, la banca (en este caso, la del Consell, esa metáfora inagotable de lo superfluo e inútil) ya tiene experiencia en ganar, como por arte de magia o mafia, sin arriesgar ni un ápice. Allí las piedras, los torreones, los jardines y los patios, perfectos concededores de que las cartas llevan, siempre, alguna marca indeleble, conforman el escenario perfecto y el decorado más acorde con ese juego trivial de la vida que consiste en dejarse seducir por las ilusiones y acabar estrellándose contra los arrecifes de la realidad. De ahí a añorar los paraísos perdidos ya sólo hay un paso.

JUAN PLANAS BENNÁSAR

Los paraísos perdidos

NO La calidad de vida tiene mucho que ver con tener cerca, cuanto más a mano, mejor, todo aquello que podamos necesitar. Hablo de un catálogo enorme de imprevistos. Un estanco, una farmacia, un hospital y un bar con una tertulia, a ser posible, amigable, por ejemplo. Pero la lista podríamos alargarla con mil y un equipamientos, tan próximos a nosotros, que el mundo parecería una imaginaria vía de cintura de nuestros deseos y necesidades, un cinturón –una especie de milla dorada– que nos apretara sin ahogarnos: el nudo mismo de nuestro propio ombligo. Es mucho pedir, lo sé. Pero por pedir que no quede. Es gratis.

Quizá por eso me gustan las distancias

cortas y las demoras mínimas, tanto con las personas como con los lugares y las cosas. ¡Por no hablar de las ideas! Ello explicaría que desde la apertura del Casino de Mallorca, entre las rotondas y arboledas de Calvià, sólo haya pisado sus moquetas de tréboles, ruletas, dados y tragaperras en dos ocasiones. Una, para echarle un pulso fugaz al azar –que, por supuesto, perdí– y otra, para asistir a la exposición de unas pinturas de **Rosa Palou Rubí**, magnífica pintora, que si apenas recordamos, es porque nunca quiso entregarse, al menos en cuerpo y alma, a la vorágine mercantil y mediática de los marchantes y su arribismo coyuntural. Uno siempre se acaba reconociendo en su estirpe, aunque nuestro parentesco fuera colateral.

TRIBUNA / RAFAEL GIL MENDOZA

El tiempo, ¿lo cura todo?

LAS PALABRAS de **María Antonia Oliver** con ocasión del acuerdo municipal sobre el monumento de Sa Feixina me han encogido el corazón. Muchas personas, la gran mayoría de ellas ya desaparecidas, sufrieron de la locura humana en cualquiera de los bandos. Han pasado casi 75 años. ¿No ha sonado aún la hora del perdón y de la reconciliación definitiva? ¿De la vista hacia el futuro? ¿Cómo se puede vivir con ese resentimiento en el alma?

Algunos amigos pesimistas consideran que el problema español se hereda de generación en generación sin que jamás se solucione. Generación tras generación repetimos nuestros errores, nuestros sectarismos, nuestras diferencias y dificultades de convivencia. Lo que en el régimen anterior se llamaban «demonios familiares», muchos, como yo,

creíamos que era una excusa para mantener la sartén por el mango. Pero lo cierto es que cuando los españoles del 78 pensábamos superada con la Transición nuestra lamentable Historia y que la Constitución era la del armisticio, la de la unión del pueblo español y la de la solución de las diferencias territoriales por medio de las autonomías, llega el actual presidente sr. Rodríguez Zapatero y nos demuestra que no es así, que los «demonios familiares» están ahí y que basta escarbar un poco para que nuevamente emerjan a la superficie. Escarba que te escarbarás, en pocos años hemos vuelto a poner sobre la mesa los nacionalismos independentistas e irredentos, la razón no ha conseguido vencer a la violencia en el País Vasco, la lucha de clases emerge en una sociedad que, sin ser justa, estaba bastante apaci-

guada por la ampliación de las clases medias, el partidismo sectario, agreste, estéril y la guerra civil, aquella barbaridad, se ha puesto de moda como instrumento de agresión entre españoles. Con la Memoria Histórica no se

Con la Memoria Histórica no se trata de conmemorar nada sino de zaherir al personal

trata de conmemorar nada, como el desembarco de Normandía, sino de zaherir nuevamente al personal dividiendo a la gente entre *fascistas* y *rojos*. Hemos resucitado a los Reyes Católicos, a los Comuneros, a **Abderraman**, al *Conqueridor*, a **Carlos I**, a **Felipe V**, al

segadors y a **Pi i Margall**, a **Franco** y a **Azaña**, a **Negrín** y a **Largo Caballero**. ¡Qué cruz!

Me pregunta un amigo angustiado. ¿Es ésta la España que dejaremos a nuestros hijos y nietos? Y esto, ¿no tiene solución? Estamos en ello, le contesto. Su cara resplandece. ¿Así que tú crees que lo superaremos de una vez? Sí, por consunción: dentro de unos cuantos años ya no habrá españoles de origen o serán pocos. Otras gentes ocuparán este suelo, no sé si serán mejores o peores pero sí distintas. ¿Y eso? Pues sencillamente porque los jóvenes españoles no van de hijos mientras que los inmigrantes los fabrican con generosidad. Haz la prueba: siéntate un día en la sala de espera de ginecología y partos de cualquier hospital y comprobarás que por cada mujer presumiblemente española em-

PUPUT I ANGELOTS

JOAN PLA



Don y doña

ESTE periódico no se anduvo ayer con reticencias y publicó en primera plana la noticia del interrogatorio judicial a nuestros colegas **Antonio Alemany** y **Juan Martorell**, pero hubo una publicación digital que lanzó sus acostumbrados titulares, tristes y mentirosos, diciendo que habíamos ocultado la foto de nuestro compañero Alemany. La verdad es otra: nuestros fotógrafos no fueron invitados ilegalmente, como los de otros medios, a la puerta de los Juzgados para sacar fotos de los interrogados por el juez **Castro** y por el fiscal **Horrach**. La democracia es formidable, porque nos ha devuelto la libertad de expresión, pero algo falla en el sistema, cuando hay individuos, absolutamente lacayos de determinados caciques locales, que impiden a diario la verdadera expresión de la libertad. En su alegato, publicado ayer aquí, Alemany se pregunta por qué le imputan a él y no a ese par de personajes locales, don y doña, los intocables, que se han enriquecido estrepitosamente con dineros públicos. La princesa está triste, diría **Rubén Darío**, pero no tiene motivos, puesto que de «princesa de periodistas» ha pasado a ser «reina de fiscales».

barazada exhiben sus barriguitas fecundas veinte mujeres procedentes del mundo entero. ¡Qué maravilla de mezclas, de colores, de costumbres y de sabor! ¡Qué maravilla cuando todos sus niños pululen por estas agrestes tierras, reseca por el odio y el rencor, y se acaben los nacionalismos excluyentes y agresivos, los egoísmos nacionalistas, los resentimientos anquilosados por tantos años de vida en común! ¡Qué bien cuando las distintas gentes mezcladas canten el mismo himno, sea cual sea, como hacen ahora los equipos de fútbol formados por jugadores de origen diverso, sin que ni a catalanes, ni a vascos ni a castellanos se les plantee el menor problema patriótico! ¡Qué bien!

Ya no seremos el Estado plurinacional, sino el Estado pluritribal. Y, como en otros países, todos podremos visitar el mundo entero sin movernos de nuestro territorio, simplemente cambiando de barrio.

Rafael Gil Mendoza es notario.